



ISABEL DE HUNGRIA

Natural y sobrenatural en la formación de una Santa

En el corazón de Alemania, en una auténtica, tierra germánica, se encuentran las ciudades que para el pueblo alemán traen el recuerdo de Santa Isabel: Wartburg, Eisenach y Marburg. Cuando se camina hacia la alturas de los bosques de Turingia, por los estrechos senderos protegidos por abetos altísimos, o cuando se contempla desde una cima abierta las colinas suaves y el verdor de los vastos bosques, entonces se despierta todo el romanticismo de las fábulas alemanas. Se tiene la impresión de que las amadas y confiadas figuras de las fábulas de nuestra infancia fueran a surgir de entre los árboles para hablarnos; o que un cortejo nupcial, como el pintado por Ludwig Richter, fuera a aparecer a orillas del bosque marchando por el calvero. Y si se sube a lo alto de las murallas y de las torres de Wartburg, se tiene la impresión de ver a la misma Santa saliendo por la puerta y descendiendo en la llanura, algo parecido a lo que Moritz von Schwind representó en los muros de Wartburg, o tal como uno se imagina a una mujer alemana de la Edad Media: suave, rubia y de ojos azules, delgada y modesta. Abre su capa y aparecen ante la "dureza de corazón" de su esposo el milagro de las rosas¹. Generalmente hasta ahora poco más se sabía de ella: esto y que el desconfiado *Konrad von Marburg* la atormentó de modo incomprensible. Santa Isabel es una de las pocas santas cuyo recuerdo se ha

1

N.d.t.: La religiosidad popular en Alemania aplicaba este suceso milagroso a Santa Isabel, que encontrándola su esposo llevando alimentos. escondidos en su regazo, para los más pobres, él le preguntó qué llevaba escondido. A su pregunta ella replicó que eran rosas. Su marido desconfiado quiso verlo y al descubrir Isabel su manto los dones aparecieron transformados en rosas. Una leyenda de estas mismas características se le aplica en España a Santa Casilda, cuyo Santuario se encuentra en las cercanías de Briviesca (Burgos).

mantenido fuera de la Iglesia. Pero, ¿qué sabe el pobre pueblo alemán de su auténtica historia? ¿y qué sabe de la santidad?

El viajero se adentra en el interior del castillo. Observa la sala donde tuvo lugar la disputa lírica y piensa en Richard Wagner. y luego busca, como la principal cosa que ver, la estancia de Lutero y se asombra ante la mancha de tinta de la pared que recuerda la lucha entre el reformador y el Maligno. Atraviesa Wartburg una fisura que desde hace cuatro siglos mantiene dividido al pueblo alemán. ¿Qué sabe el viajero de la auténtica santa Isabel, y del misterioso obrar de Dios en el interior del alma?

I

La investigación objetiva histórica de nuestros días ha acabado con el romanticismo de las fábulas y de los relatos de caballería. Ha dejado de lado la declamante virgen de Orleans para presentarnos a la encantadora ni a Juana de Arco con su gracia gálica, natural y espontánea, además de dominada por la fuerza de su misión celeste. La investigación histórica nos presenta, además, una nueva imagen de Santa Isabel. Una ni a de cabello negro, ojos oscuros y rostro moreno que, en una cuna plateada y en la carroza real, fue llevada desde el castillo real húngaro hasta la lejana tierra de Turingia. Extra a aparecía ante sus compa eras de juego alemanas por su apariencia externa y sobre todo por el incontrolado ardor de su corazón que rompía con toda barrera. A su padre, el rey Andrés, podemos imaginárnoslo orgulloso y sanguíneo; trató de quitar del trono a su hermano con numerosas sublevaciones. Pero conseguirá hacerse con el poder sólo a la muerte de éste. Orgullosa y apasionada era también la reina Gertrud y la estirpe de donde ella procedía, los condes de Meranien. Tal mentalidad era la herencia natural de esta ni a real, que libre y sin impedimentos podía seguir los impulsos de su corazón -aquí en el Este, donde se amaba el moverse libre y espontáneamente, sin dejarse encasillar en la estrecha ideología de la disciplina de la Corte y "maze" tan típicos de las naciones del Oeste europeo. Fogosamente ella mostraba su amor hacia sus padres y compa eras de juego, hacia los caballos y perros; gozosamente se alegraba en el juego y en el baile desenfrenado; y con las manos llenas repartía a los pobres por los cuales su corazón infantil latía compasivamente. ¡Cuán intensamente tuvo que haber sufrido esta ni a cuando de una sola vez le fue arrebatado todo aquello en lo que había crecido y a lo que se sentía ligada con todas las fibras de su ser! No sabemos nada acerca de las lágrimas y tormentos de este largo viaje. Seguramente en su interior la peque a princesa se unió a su compa era Guda, la cual le había sido dada en su casa como compa era de por vida. Agradecida y confiada se entregó

también en los brazos del caballero Walter van Varila quien se ofreció a ser su protector durante el viaje y durante toda su vida. Un tierno amor infantil sentirá pronto hacia el Landgrave Herrmann, que le vino al encuentro como un segundo padre. Pero toda la riqueza de su corazón fluyó hacia aquel por el cual tuvo que abandonar todo lo que amaba: el rubio muchacho, en cuyas manos el obispo puso las de ella en un solemne compromiso matrimonial. De otro modo no hubiera sido posible: o revelarse contra la suerte que le tocaba -entonces se habría llenado de un odio incontenible contra todo lo nuevo y especialmente contra aquel a quien sería unida; pero de todo esto estaba muy lejos este corazón desbordante de amor. Entonces sólo quedaba una posibilidad, que Ludwig, el "amado hermano" que se le acercaba en tierra extranjera, se convirtiese en todo lo que ella tuvo que abandonar: padre, madre y amado hogar. Esta unión se hizo más estrecha cuando recibió un segundo gran dolor: la noticia de la muerte violenta de la madre. El hermano mayor fue su consuelo y sustento. Él era mayor y bien formado, y podía decirle dónde encontraría a la madre muerta y lo que tendría que hacer por ella. Pronto necesitaría también protección y consuelo frente al ambiente que la rodeaba. Cada vez más numerosas y sonadas eran las voces que contra ella se levantaban no considerándola idónea para ser la esposa del Landgrave. Ella no se correspondía con el ideal de belleza ensalzado por los trovadores alemanes. No aceptaba los modales de la corte y no contenía ni sus palabras, ni miradas, ni el modo de caminar según las normas de etiqueta. Ella gustaba aún de los desenfrenados juegos infantiles y prefería espontáneas compañías de juego populares a las de la nobleza que la maestra de la corte le asignaba. Mostraba una total actitud no principesca interesándose por los mendigos. Y lo peor de todo es que ella misma era una beata y que cuando llegase a ser la Señora de la nación era de temer que acabaría con las lujosas fiestas de la corte de Wartburg. Mientras el Landgrave Hermann vivió, ella estaba protegida por él. El, ambicioso de poder político, cuya conciencia estaba manchada de algunas acciones violentas y que murió excomunicado de una muerte extraña, quiso confiarse a la intercesión de la santa nieta.

Cuando él murió se acrecentaron las oposiciones contra ella, y la misma viuda del Landgrave era de la opinión de deshacer esa unión indigna y de enviarla a su natal Hungría o de encerrada en un convento. La más amarga prueba para Isabel fue cuando su cuada Inés le dijo como cosa segura y conocida, que Ludwig ya no pensaba en tomarla por esposa. Largo tiempo tuvo que esperar sumergida en el tormento de la incertidumbre. Entonces el joven Landgrave rompió su silencio. Había permitido que los otros hablaran, pero él permaneció imperturbado. ¿Qué sabían ellos del misterioso tesoro de este puro y ardiente corazón que sólo él conocía? ¿Acaso podría tener más peso que esta riqueza interior la belleza efímera y los modales, la alegría en la limpieza y lujo, la pomposidad externa? Con una

inesperada decisión acabó Ludwig con todas las intrigas. Celebró el desposorio. Así Isabel se vio llena de la perfecta alegría de una vida de amor y fidelidad matrimonial y muy pronto también de la alegría de ser madre. Todo ello la recompensó sobremedida de todos los años de privación, de soledad y de humillaciones.

Nuevamente pudo seguir libremente, fiándose de la confianza de su marido, fortificada por su amor, el impulso de su corazón: sentarse a su lado en la mesa a pesar de que contrariaba las costumbres, acompañarlo en sus viajes a caballo, compartir sus riquezas y acoger a los pobres en su casa dándoles de comer, de vestir y curándoles. En estos años la suerte de su naturaleza se desarrolló a su más alto nivel; la clara alegría, la bondad conquistadora de corazones y la cortesía de su ser, alegraban a todo el que entraba en contacto con ella y acallaba a todos los opositores, haciendo mucho más de lo que exigía su puesto principesco como Señora. Incluso ella supo dar más de lo que las expectativas de su ambiente esperaban de la soberana: amaba adornarse para su marido según sus deseos, y sorprender y encantar a los invitados con fiestas soberbias en lujos y belleza, tal como se hacía en los días del Landgrave Hermann. El huracán de la vida de la corte no consiguió, sin embargo, sofocar su bondad y misericordia. Siempre saciaba a los pobres a la puerta del castillo con comida y bebida y con palabras llenas de amor; su alegría en el dar no conocía límites y en los tiempos de hambre y necesidad, sin atender a las oposiciones de los cortesanos y de la corte, gracias a su poder, dio, en ausencia de su marido, todos los bienes de los almacenes del Landgrave. No tenía por qué temer las murmuraciones y oposiciones de los otros. Antes o después Ludwig tendría que regresar de sus batallas, y de su aprobación ella estaba segura. Sin embargo, las disensiones con las personas de su entorno, a las que ella se acercaba con amor, vertían sombras oscuras en su camino soleado; con profundo dolor sentía, tanto la necesidad y miseria de los pobres, como la dureza de corazón y el egoísmo de los propietarios; también le hacían sufrir el alargarse de las separaciones de su marido, que la guerra y la política le mantenían alejado. Hacia él se movían todos sus sentimientos y aspiraciones, con él mantenía y gustaba su felicidad terrena. La medida apasionada de su amor esponsal se mostró cuando ella descubrió que su marido prometió la Cruzada; impotente por el dolor, cayó por tierra.

Aún aceptando lo inevitable, quiso acompañar al que de ella se separaba tanto como fuese permitido, incluso más allá de las fronteras del Reino, aún sabiendo que estaba a la espera del nacimiento de su tercer hijo. ¡Con qué increíble dolor gritó después por los salones y estancias del castillo cuando le llegó la noticia de la muerte del marido! ¿Y ahora qué? ¿Dejar cubrir para siempre su alegría juvenil con el negro velo de la viudez? ¿En lo sucesivo su vida será un solitario valle de lágrimas? ¡De ningún modo! La joven viuda junto con sus tres hijos, -el menor recién nacido-, abandona Wartburg, expulsada por la incomprensible dureza de corazón de los

hermanos del difunto; o mejor dicho, tal como ,hoy se cree, que fue tratada de tal modo que ella prefirió libremente marcarse. En vano llamó en Eisenach a las puertas de aquellos a los que a menudo había hecho del bien. Pero no es una mujer triste la que va errando por los caminos y finalmente cae extenuada en el granero de una pensión. Con un rostro resplandeciente canta el *Te Deum* en la iglesia de los franciscanos .. Isabel, la mujer del Landgrave, ha muerto. Isabel, la terciaria de la Orden de San Francisco, la hermana de los pobres de Asís, inicia la gozosa vida de la santa pobreza.

II

No se trata de una transformación repentina lo que aquí ha sucedido. En el silencio, y de un modo progresivo, ha ido creciendo lo que ahora ha alcanzado velozmente su perfección. Maravilloso fue el camino de la vida visible de esta niña que nació en un castillo real húngaro y murió en una cabaña de barro en Marburg; maravillosa obra de Dios que Él dirigió y formó hasta que fue digna de la corona celestial. Es una empresa arriesgada el tratar de desvelar lo que se esconde bajo el velo del misterio de Dios. Pero el dedo del Todopoderoso escribe la vida de sus santos para que nosotros podamos leerla y bendecirle por sus maravillas. Antiguas leyendas narran cosas extraordinarias sobre los días en que nació en Hungría Isabel, la hija del rey. Guerras y altercados acabaron, las cosechas fueron como nunca. El adivino Klingsor, de la lejana Turingia, leyó en las estrellas su nacimiento y su futuro destino. Las manos de la niña a sus tres años, que con desmesurado amor misericordioso quiso donar sus ojos a un monje peregrino ciego, debió de curar la ceguera de estos ojos. Somos libres de creer o no en estas antiguas narraciones. Pero otras cosas han sido contadas de un modo tan sencillo y objetivo que no resulta tan fácil el desprenderse de ellas. A sus cuatro años supo controlarse fuertemente cuando se le comunicó que tendría que abandonar su tierra natal y a sus padres para trasladarse a una tierra lejana. Cuando se observa con qué facilidad y buena voluntad acepta las nuevas condiciones, se tiene que concluir que en ella vivía una fuerza que dominaba la propia voluntad y ardía con más intensidad que el incandescente amor por los padres y por la patria. La niña escuchó que el Salvador vive en la forma del pan en el Tabernáculo de la capilla del castillo. Este era su lugar preferido. Incluso en medio de sus desenfrenados juegos, que tanto amaba, se acercaba allí. Organizaba carreras de saltos hasta la puerta de la iglesia. Así podía, por lo menos, acariciar desapercibida los muros detrás de los cuales se encontraba el Señor. Un amor fiel y celante, tierno y pudoroso había florecido en el corazón de la niña, un amor que nunca desaparecerá.

La reina Gertrud ha sido asesinada. La noticia de su muerte llega a Wartburg. ¿Dónde está ahora la madre? La pequeña es adoctrinada: las almas de los muertos van a Dios, al cielo, pero tienen que estar limpias para poder ser admitidas. Si oramos por ellas, entonces las ayudamos a que se purifiquen y encuentren admisión. Desde entonces la niña no podía olvidarse de los muertos. Permanece de rodillas en la capilla siempre que no se lo impiden. Conduce a sus compañeras de juego hasta el cementerio. "Aquí están los esqueletos de los muertos. Estos hombres vivieron como nosotros pero ahora están muertos, igual que nosotras lo estaremos un día. ¡Amemos a Dios!" Se la arrodilla con ellas y reza: "Señor, en virtud de tu cruenta muerte y por intercesión de tu querida Madre, la Virgen María, libra a estas almas de su tormento. Señor, por tus cinco santas llagas, santifícanos."

La esposa del Landgrave, Sofía, junto con su hija Inés y con Isabel sube a Eisenach en la fiesta de la Asunción de María para asistir a la misa en la iglesia de los caballeros de la Orden teutónica. Las tres van vestidas de gala, con preciosos vestidos y capas ondeantes, con corona en la cabeza. En presencia de todo el pueblo se arrodillan ante el Altar. Isabel dirige su mirada hacia la imagen del Crucificado. Su cabeza está inclinada y coronada de espinas; de las heridas mana abundante sangre. Por primera vez se siente violentamente penetrada por el pensamiento de que Él cuelga desnudo y descubierto por ella, y que por ella ha soportado el martirio y la muerte. ¿Cómo podría ella lucir adornos seculares ante tal imagen? Se quita la corona de la cabeza y la deja en el suelo. Esconde las lágrimas derramadas mientras se cubre los ojos con el borde de la capa. Con duras palabras le reprende la esposa del Landgrave esa conducta tan poco principesca. Pero eso no puede cambiar lo sucedido. El misterio del dolor le ha sido revelado a Isabel. A partir de ahora ella verá al Señor principalmente como el Hombre de dolores, como el que lleva la cruz y como el crucificado. No es la primera a quien le sucede algo así, pero en su época es algo extraordinario. En la historia de la fe cristiana, como en la de cada hombre en particular, se manifiestan los misterios de la fe de uno en uno. A los inicios del cristianismo e incluso durante el período romano, se le observa a Cristo fundamentalmente como el Resucitado, como el triunfador sobre la muerte y el infierno, como el Rey de la Gloria. Sólo en la época gótica, el período de florecimiento de la mística alemana, se introduce la estrecha unión con el Hijo de Dios, reconociendo que sólo a través del sufrimiento y del dolor se alcanza la gloria de la resurrección. Isabel contempla el sufrimiento del Salvador no sólo como una meditación retrospectiva de su vida terrena, sino que ve al Cristo místico sufriendo en sus miembros. En ella ha sucedido que, ese deseo natural, presente desde su infancia, de querer ayudar a los pobres y oprimidos, adquiere ahora este carácter sobrenatural.

"Lo que hagáis con uno de estos más pequeños, conmigo lo hacéis." Isabel ve al Salvador que sufre en todo hambriento, necesitado y enfermo. Ella no puede hacer otra cosa sino acercarse a ellos, proporcionarles pan y vestido, aliviar sus dolores, aunque todos la rieran y se burlen de ella. "Jesús habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo." No era suficiente para ella el darles pan: ella entregaba su corazón, tomaba de sus corazones el peso del pecado, el tormento de la soledad y del abandono. Isabel quiere regalar algo más que cosas externas. Besa la llagas supurantes, abraza a los niños y juega feliz con ellos hasta que olvidan todos los problemas; en las almas de los desconsolados sabe encender la esperanza del cielo.

Todo cosas simples. Isabel no hace otra cosa sino la de tomarse en serio la fe. Son las sencillas palabras del Evangelio las que producen tales efectos. Los hombres de su alrededor también conocen estas palabras. Pero tienen ojos y no ven. No se les ocurre el transplantar la verdad divina a la vida real. Y la única que pone en práctica las consecuencias que se deducen de la doctrina y vida de Jesús, así como de las verdades de la Iglesia, se convierte para ellos en piedra de tropiezo y de escándalo. ¿Qué es lo que le da fuerza a esta niña para poder aguantar sin oponer resistencia y sin lamentos los amargos reproches y burlas, la soledad y el abandono? ¿Qué le da la fuerza de perseverar tenazmente ante todas las contrariedades y en todos los dolores que sufre su tierno corazón, lleno de amor y necesitado de ser amado? ¿De dónde saca la fuerza para permanecer libre de amarguras, serena y desbordante de amor y así poder donar, como si se tratase de una fuente inagotable, amor y alegría? Ella se sabe unida en la ignominia, humillación y soledad al coronado-de espinas y portador de la cruz. No caben dudas: el Señor ha acogido en su corazón a esta niña que Él mismo sacó de su pueblo y de su familia. De las fuentes inagotables del corazón divino, el corazón de sus fieles se llena siempre renovadamente de consuelo, alegría y paz celestial.

Un fuerte apoyo humano tiene Isabel en su camino hacia el Cielo frente a todas las hostilidades: *Ludwig*, su marido, al que el pueblo denominará como el *Santo* después de su muerte. Él no quiere poner ningún impedimento en su camino, quiere ayudarla a subir el camino, él quiere acompañarla. Durante su infancia el consejo y adoctrinamiento por parte de él fueron suficientes. Pero poco a poco el camino se hacía más empinado y no siempre era fácil de recorrer. Isabel se despierta por las noches para orar y se arrodilla en el frío suelo de piedra.

Dejaba la habitación nupcial y una de sus compañeras tenía que flagelarla. ¿Se corresponde todo esto con la voluntad de Dios o se trata de una exageración humana? Los primeros frailes menores (franciscanos) llegaron a Alemania trayendo a

estas tierras la doctrina del Pobre de Asís. En ningún otro sitio podía encontrar un suelo tan fecundo el mensaje de la santa pobreza como en el corazón de la joven esposa del Landgrave. ¿Pero cómo podía unir tal pobreza a su condición principesca? ¿Fue justo que ella cubriese al mendigo Gon su nuevo y caro manto? ¿y se podía sin más desatender la queja generalizada de que ella derrochaba a lo loco los bienes reales? La voz del corazón no daba siempre respuestas seguras y precisas a todas las dudas y preguntas. Había que encontrar un guía que pudiese "orientarla por el recto camino. El Landgrave Ludwig escribió al Santo Padre pidiéndole un director espiritual para su esposa. El Papa Honorio le envió al Maestro *Conrado de Marburg*. No era un tipo a lo Francisco de Asís, ni ningún alegre enamorado de Dios a quien le fue confiada la dirección de Isabel. Era considerado como severo y hosco. Pero acogió con santa seriedad su misión de conducir esta alma a la meta de la perfección. Y como un enviado de Dios lo acogió Isabel, pidiendo humildemente su dirección de la cual no se sentía digna. Una mano firme la conducía ahora por un camino abierto. A menudo se oponía a la fogosidad de un corazón lleno de amor y contenía la desmedida. Por otro lado le hizo conocer muchas cosas que se le habían escapado. Su anhelo recibió una forma y dirección seguras. La unión de esta alma amorosa con el Señor se celebró solemnemente y se selló cuando Isabel junto con sus compañeras de juego de la infancia, Guda e Isentrud, profesaron como terciarias franciscanas: *obediencia* frente al Maestro Conrado, *pobreza*, tal como el Maestro Conrado le enseñó, y como tercero, para las dos jóvenes, el *celibato*, y para Isabel la renuncia a casarse nuevamente en el caso de que muriese el marido. Pobreza tal como le enseñó el Maestro Conrado: él nunca permitió a Isabel que se deshiciera de todos sus bienes. Quería enseñarla a administrados como bienes confiados para los pobres; como primer paso no hacer uso de ningún bien ganado *injustamente*. Y esto resultaba más difícil de llevar adelante cuando tenía que hablar con franqueza y escuchar. ¿De dónde provienen los alimentos y bebidas de la mesa del Landgrave? ¿Habían sido quizás arrebatados violentamente a campesinos carentes de lo suficiente para vivir? ¿Procedían acaso de propiedades adquiridas injustamente? Isabel no debía aceptar nada para sí sin antes haber probado y demostrado que le pertenecía justamente. Y esto a veces era muy difícil de demostrar, incluso imposible. Bastante a menudo tuvo que levantarse hambrienta de la abundante mesa junto con sus compañeras. (Precisamente esta protesta silenciosa contra la injusticia social tuvo que ser el motivo para abandonar Wartburg: también en esto la apoyó Ludwig. Su hermano Enrique Raspe cerró a la viuda todos sus ingresos para obligarla a comer en la mesa del palacio.)

Ella no debía distribuir a manos llenas para satisfacer la alegría en el dar que probaba su corazón, sino conformemente y como correspondía al fin que el entendimiento comedido del Maestro le indicaba. Esto produjo duras luchas.

Continuamente ella era presa de su vehemencia. ¿Dónde quedaba entonces. la obediencia que había prometido? Tuvo que aprender que lo que vale es cumplir la voluntad del Señor y no cumplir con los impulsos del corazón. El Maestro Conrado, preocupado seriamente por el alma a él confiada, no cedió ni siquiera en lo que toca a los medios de la mortificación física. Desde hacía tiempo Isabel había buscado libremente el dolor corporal para mortificar el cuerpo. Desde su infancia se había acostumbrado a doblegar su orgullo. Sabemos que entre sus más apremiantes deseos estaba el de poder soportar con alegría las humillaciones. Pero, sin duda, fue para ella más difícil y duro el tener que renunciar a las inspiraciones de su corazón rebosante de amor. Pero el Maestro Conrado era el director que Dios le había dado. Ciertamente a la Santa no se le pasó por la cabeza la idea de buscarse otro. Una época más sensible puede escandalizarse de sus métodos; la concepción de ascesis que hoy tienen los directores de almas experimentados puede que sea distinta a la que tenía Conrado. Si estamos convencidos de la dirección divina, no podemos dudar de que este hombre estricto y hosco era el instrumento del Cielo para guiar a Isabel a la perfección; ella necesitaba de este hombre tal como era para librarse de los obstáculos yacentes en su propia naturaleza.

El *contraste con su ambiente* seguramente significó para este corazón lleno de amor, una continua lucha y sufrimiento a lo largo de toda su vida. Mucho más duras tuvieron que ser las luchas provocadas por la brusca intervención del Maestro Conrado. Pero podemos pensar que en su alma se entablaba un conflicto que superaba todos los otros. Desde que tenía cuatro años, el Landgrave Ludwig había estado a su lado, primero como "querido hermano" y después como esposo. Hemos visto cómo ella se unió a él con todo su corazón, y se desprende claramente de la profunda pasionalidad de su naturaleza, que el amor por su esposo podía llenar totalmente su corazón y su vida. Por otro lado, desde su más tierna infancia Dios había puesto su mano sobre ella, y continuamente crecía en ella el deseo de pertenecerle totalmente. Lejos estaba de Ludwig el impedirla en su camino, preocupándose constantemente de ayudarla de todas las formas posibles y de progresar con ella; sin embargo, el *conflicto entre amor terreno y amor celestial* era inevitable y tuvo que ser una constante espina en la carne.

El vínculo matrimonial era sagrado, y aun cuando ella a veces se lamentaba amargamente de esta unión que la impedía seguir totalmente el anhelo de su corazón, su director nunca pensó deshacerlo cuando ella pronunció los votos como terciaria. Por eso podemos imaginarnos que, a pesar de todas las luchas, en el fondo de su alma permaneció siempre la paz. Sin embargo, ella sintió su vínculo matrimonial como una cadena y el golpe más duro de su vida, la muerte de su marido, que reveló una vez más en un arrebató apasionado su amor esponsal, se

va a demostrar muy pronto como una liberación interior. Cuando, después de la expulsión de Wartburg y la dureza y desagradecimiento de los ciudadanos de Eisenach, se apresura hacia la iglesia de los franciscanos para los maitines y con radiante alegría canta el Te Deum, no se trata ciertamente de un gesto heroico sino de la natural y espontánea expresión de la "*alegría perfecta*" tal como San Francisco aclaró al hermano Leo: la beatitud del alma amante de Cristo que en la necesidad, la miseria y el perfecto abandono de todo hombre, se siente tan unida al Señor como nunca. Esta unión interior es la que, sin duda, le dio las fuerzas para rechazar en adelante todo nuevo legamen natural. La necesidad y abandono externos no duraron demasiado. Ella, junto con sus hijos, encontró acogida donde su tía, en la abadía de Kitzingen, y más adelante donde el tío, el obispo de Bamberg.

Y durante su exilio -según una tradición no confirmada-, alcanzó la oferta de mayor gloria terrena: el *Emperador Federico II* pidió su mano. No es de suponer que el rechazo a esta petición le haya costado mucho. La cuestión estaba decidida desde que hizo sus votos, e incluso sin estos votos el amor hacia su difunto marido le era más que suficiente como para impedir un segundo matrimonio. Difícil fue, después de reconciliarse con los familiares y haber regresado a Wartburg, tener que abandonar este hogar y sus hijos para seguir la llamada de Dios. De seguro que no fue su falta de amor materno lo que la llevó a la separación, sino el claro reconocimiento de que incluso el amor maternal, que en ella era excesivamente fuerte, era un obstáculo. Eligió Marburg como su residencia ya que el Maestro Conrado fue allí destinado. Los últimos años son una vida de amoroso servicio y al mismo tiempo de progresivo despojo de sí, pues su rígido director espiritual trata de dar caza a todo lo que le parecía que pudiera enturbiar esta santa alma. Ahora puede vestir ella el hábito marrón, pero no se la consiente que regale sus bienes de viuda. Con esos bienes Conrado construye un hospital en el que ella puede trabajar como portera. Una casita al lado, de madera y barro, es su hogar y el de sus compañeros Guda e Isentrud.

Dos cosas hay que llenan a Isabel de alegría: *curar personalmente a los enfermos y dar limosna a los pobres*. Ambas cosas se las fue reduciendo progresivamente Conrado, hasta que se lo prohíbe totalmente; severamente castiga toda transgresión. Da la sensación de que ya no existe en su vida la posibilidad de que una tendencia natural encuentre satisfacción. Pero la mirada aguda del Maestro encuentra algo todavía: separa de ella a sus compañeros de juego de la infancia que siempre habían estado a su lado, y en su lugar le da como inquilinas a una criada feísima y a una viuda sorda y gruñona. Así fue privada de toda alegría terrenal cuando le llegó la última y breve enfermedad. Ante estos últimos esfuerzos de su director espiritual se tiene un poco la impresión de que se echan abajo puertas abiertas. No aparecen como excesivamente duras estas

medidas, pero sí superficiales. La indestructible serenidad celestial de su ser en los últimos días nos indica que no eran necesarias tales intervenciones. El Maestro divino había completado su obra de arte, un alma totalmente despegada de lo terreno y repleta de su amor en el momento en que con un mensaje celestial la llamó a sí. Muchos hombres, tanto de la clase alta como baja, se apresuraron a acudir a la habitación de la moribunda para poder captar aún una palabra, una mirada, una sonrisa, un rayo de la luz divina.

Un objeto de gran valor poseía ella para regalar: la capa del Pobre de Asís, que él mismo había enviado a su hermana espiritual, la mujer del Landgrave de Turingia, por petición del Cardenal Hugolino de Ostia. *Gregario IX*, el entonces Cardenal Hugolino, que con vista aguda reconoció la afinidad interior de estas dos santas almas, tuvo el honor de elevarlos a la gloria del Altar. Quienes estuvieron cerca de ella en vida, los que fueron testigos de su transformación, pudieron venerarla como santa. 24 años de vida fueron suficientes para llevar a esta alma a la cima de la perfección y tres años y medio después de su muerte para asegurar la aprobación de la Iglesia de su fama de santidad. Siete siglos han experimentado la fuerza de su intercesión y de su ejemplo, y precisamente en nuestros días, días de amarguísimas necesidades interiores y exteriores, es invocada como ángel luminoso de misericordia para que conceda consuelo y ayuda, y enseñe a consolar y ayudar.

Su vida enseña encarecidamente a los vacilantes y errantes dónde está la segura y eterna estrella polar. Ella, que vivió todo el tiempo como extraña e incomprendida en tierra extranjera, nos recuerda que todos somos forasteros en este mundo y que nuestro verdadero hogar es el Reino del Padre celeste; también, que en la patria no hay más guía que Aquel que ha descendido a nuestra miseria para superarla y elevarnos con Él más allá de las estrellas; que en nuestro peregrinar no hay auténtico consuelo o ayuda sino en el espíritu consolador, el Paráclito. El camino que ella ha recorrido sin errar y sin pararse, es una invitación al seguimiento: regresar del estado no-natural al natural, y sobre lo natural alcanzar el sobrenatural en el seno de la Santísima Trinidad²

Cfr.: *“Obras completas” EDITH STEIN.*
Ed. Monte Carmelo, Burgos, pag. 39-56